

EN LA COMPAÑÍA DE EXTRAÑOS

En los últimos 5 años desde 2000 Eduardo Hirose ha viajado al Pozuzo, en la zona central de la Selva Alta del Perú, para pasar temporadas allí captando imágenes. El Pozuzo es una comunidad que presenta un interés especial para él pues está conformada por los descendientes de un núcleo original de inmigrantes del Tirol en Austria y de Renania en Alemania, que llegaron al lugar hace más de un siglo. La vinculación de Hirose con el Pozuzo ha nacido en parte de sus viajes y se ha dado, a veces, también, a partir de su encuentro en Lima con jóvenes de la zona, quienes retornan al terruño para las fiestas, aunque es evidente que han interpuesto ya un alejamiento al elegir Lima como lugar de residencia por motivos laborales o de estudio.

El trabajo de Hirose tiene su raíz en la tradición de la mirada documental en fotografía, cuyos valores han sido siempre la objetividad en el retrato de la realidad y la claridad expositiva en la edición de las imágenes. Sobre esa base, sin embargo, el fotógrafo ha construido su retrato visual del lugar y los lugareños en una clave francamente personal, en la modalidad que algunos llaman el 'documental en primera persona' (entre otros, el fotógrafo estadounidense Nubar Alexanian).

Es decir que él apuesta por no hacer evidente a cada instante un énfasis en la pretendida objetividad del retrato de espacios y personas, y en vez de ello deja bien establecido que hay una construcción en sus imágenes, que lo que él nos está proponiendo es lo que su yo ha experimentado y ordenado, sin reivindicar verdad fotográfica o siquiera autenticidad. Es un testigo de sí mismo en sus reacciones al Pozuzo y a sus pobladores cargados de tradiciones y tensiones entre una historia pasada y un presente que no parece poder actualizarse *in situ*.

La fuerza particular de las imágenes está en que comunican la forma en la que estar de paso -sea brevemente o por una regular estadía-, entre personas que no son como uno, puede ser un encuentro de tiempos y espacios de vida. El asunto no radica en que los otros eventualmente lo hagan sentir a uno como en casa, sino en que uno sepa que la condición de extraño abre una puerta hacia una dimensión de las cosas, en la que es posible reconocer y compenetrarse con situaciones que uno no ha terminado de comprender, asumiendo que esto se pueda. La llave parecería ser un saber asir meditadamente el momento en que lo fugaz de la vida de uno y lo fugaz de otras vidas coinciden.

Nosotros como observadores estamos ante un yo que filtra y selecciona lo real. En las imágenes, el Pozuzo y sus habitantes son los particulares encuentros de una vida que presiente un compromiso humano al hacer la toma.

Hacia 1857, 35 años después de proclamada la Independencia de la dominación española, el gobierno peruano firmó un contrato de colonización de tierras en la zona del Alto Amazonas con un joven de la nobleza alemana, el Barón Kuno Damian Freiherr von Schutz-Holzhausen. El proyecto que dio pie al contrato respondía en buena medida a un pensamiento de avanzada en el Perú con respecto a la mejor explotación de las riquezas naturales del país. La colonia en cuestión debía ser fundada en los valles de los ríos Pozuzo y Pachitea. Para cada inmigrante potencial, seducido por los argumentos propagandísticos que el Barón empleó en Austria y Alemania, el derecho de viaje al Pozuzo en el Perú, significaba el pago de una cuota de casi US\$ 98, para amortizar en dos años. Como su parte del contrato, el Gobierno del Presidente Ramón Castilla se comprometía a construir carreteras que facilitarían la colonización. Nunca lo hizo.

El proyecto Pozuzo representó una esperanza para un pequeño sector del campesinado austriaco y alemán. En aquella época las duras condiciones en el Tirol parecían anular el futuro de los jóvenes. Por ejemplo, no podían casarse si no poseían tierra, bienes o título probatorio de algún oficio o profesión. Lo más difícil era hacerse de una propiedad, pues en los valles la tierra estaba demasiado subdividida. Muchos jóvenes ya habían dejado el campo para buscar empleo en las fábricas de distintas ciudades. Según la propaganda, cada individuo encontraría albergue temporal y una parcela de tierra, a su llegada al Pozuzo, y tendría facilidades para la adquisición de cabezas de ganado.

Los que se aventuraron a inmigrar demoraron 2 años de viaje en suelo peruano para llegar (1857-1859), yendo a caballo y a lomo de mula. Los primeros en desanimarse se quedaron en la Costa. El cruce de los Andes se hizo en puntos difíciles y fue heroico. La primera visión que tuvieron de la selva amazónica fue la de un bosque virgen, despiadadamente tupido: una muralla verde inexpugnable. Tuvieron que abrirse camino como pudieron. Más inmigrantes se desanimaron y otros dejaron sus vidas en el camino.

De los 300 inmigrantes que iniciaron el viaje en Europa, llegaron al Pozuzo 170. Allí no les esperaba nada de lo prometido en el contrato. Salieron adelante como mejor

pudieron, sin poder recurrir a ninguna instancia administrativa peruana.

Este grupo humano se halló en absoluta soledad, aunque lingüística y culturalmente unido, lejos de sus Alpes natales, en un territorio extraño que debieron aprender a hacer suyo. En el proceso de hacerlo se convirtieron en otros, dejaron de ser tirolese y renanos y se reinventaron como pozuzinos, aunque no necesariamente se hayan percatado de esto del todo.

También son peruanos.

Como observadores estamos, pues, ante una versión fotográfica de un *locus* que tal vez diste de ser *amenu*, pero que ha atrapado al fotógrafo y lo ha movido a crear imágenes de situaciones que no le eran conocidas en un inicio, y que tal vez le han ido resultando más y más desconocidas cuanto más retornaba a ellas para supuestamente comprenderlas mejor.

Sólo le ha sido permitido conocerlas en el encuadre con el visor, donde es evidente que el proceso de ordenamiento de la experiencia ha sido intenso. Eduardo Hirose encuentra su imagen -la que configura de su vida y se lee como huella de su aquí y ahora, su destino-, en aquella confirmación visual de su 'estar ahí', construida por él a partir de su percepción de otros destinos.

Jorge Villacorta
Lima, mayo de 2004